

larga, desenvuelta, armónica, propia del siglo XIX. La individualidad (que he llamado plano de reacción) expresa notas de ternura, humor, tolerancia, reminiscencias autobiográficas, en Lamb, y capacidad filosófica, a más de otras cualidades, en Hazlitt. De modo que ambos ensayistas británicos escriben con independencia. La individualidad, el temperamento, los alivian de la preocupación moralista, grave, insistente. "Ensayistas libres", dice Ureña. Por ahí se les asemeja Reyes, abierto a todo. En cuanto a los temas, hay en eso mucho de época y de cultura individual. De mayor interés es comparar el procedimiento. Ni a Lamb ni a Hazlitt se parece el de Reyes. En ellos el *essay* es un desenvolvimiento. Baste recordar *On the tragedies of Shakespeare*, de Lamb, y su *Dissertation upon roast pig*, donde ni el asunto divierte al autor de su procedimiento gradual, de extenso despliegue. En Hazlitt, igual marcha de la prosa, en cualquiera de sus *essays: Milton, Pope, The english novelists, On Poetry in general* . . .

Reyes evita la exposición sostenida, salvo en escritos en que lo ensayístico de elemento personal no priva, como casi todo el libro reciente, *Pasado inmediato*, y el titulado *Capítulos de literatura española*. Por eso, la filiación literaria apuntada por Henríquez Ureña es exacta si se refiere sólo a lo de ensayistas libres. A eso creo yo que la concreta el insigne crítico.

El ensayismo que mejor expresa la individualidad de Reyes, su habitual reacción, es el de *Simpatías y diferencias* y el de *Visperas de España*, y en esos dos libros casi todo consiste en escritos breves. Además la exposición alterna con algún diálogo que inventa o reproduce el autor, o se aviva con frecuentes interrogaciones. Hace el efecto de persona que no puede estarse largo rato sentada.

"—¡Hay que ver! ¡Hay que ver la guerra que dan los críos!

Y mojicón por aquí, cachete por allá, infierno de chillidos y cólera. La mujer del pueblo vive aquí de la cólera. Ellas broncas, iracundas siempre. Y hasta para acariciar al hijo, ¡tanta aspereza! ¿Sabéis lo que se oye por esos arrabales?

—¡Te voy a pegar en el culo!

Esta es la caricia que muchas mujeres del pueblo dedican a sus hijos. En el trato con los niños se oye sin cesar esta palabreja, que parece consagrada al mundo infantil". (8)

"Periodismo literario", dice Reyes refiriéndose a libros suyos *El suicida, El cazador*, etc. En los días de Addison y Steele, eso fue el ensayo.

Pasado inmediato contiene trabajos de testimonio personal sobre la vida intelectual de México, a partir de 1910. La evocación es admirable. Y un estudio, *De Poesía hispanoamericana*. Los dos son piezas largas. En *El reverso de un libro* escribe sus memorias literarias, cuenta su vida de Madrid, al calor del *Centro* (¿puede llamársele así, no más, D. Alfonso?) donde disciplinó su saber, el que había adquirido en México, en la Preparatoria, de exiguas humanidades, a tono con el positivismo de D. Gabino Barreda, y después, libremente, en compañía de Pedro Henríquez Ureña, que recuerda a su vez aquellos tiempos: "Hizo —hicimos— largas excursiones a través de la lengua y la literatura española".

Reyes se encargó de una cátedra de esta materia en México. Su ausencia del país abre un paréntesis largo: formación filológica, diplomacia, ensayismo. Y ahora, de nuevo a la enseñanza. A sus cursos monográficos de estos años debemos la gracia de dos libros sólidos, en que apenas me toca entrar, pues son didácticos, de alcance universitario: *La crítica en la edad ateniense*, y casi simultáneamente, *La antigua retórica*. Aun después de haber manejado obras tan autorizadas como *Aristotle's Theory of Poetry and Fine Art*, de Butcher, *Literary Criticism in the Renaissance*, de Spingarn y la magistral *History of Criticism*, de Saintsbury, entre otras afines, he aprendido, y no poco, en esos libros de Alfonso Reyes. Se nos ha revelado como escritor didáctico.

(8) *Visperas*, p. 49.

Desarticula, quizá mejor que el helenista Butcher, la *Poética* de Aristóteles y le ve todos los ángulos y rincones. Le ilumina la interpretación, claro está, el amplio conocimiento que posee de la literatura griega. Trabajos así necesitamos en América para dotar la cultura con riqueza de relaciones.

Por el plan, por la distribución de los capítulos, por la ordenación interna del asunto, por la prosa misma, ceñida a severa exposición, estos libros pertenecen a la didáctica. Con todo, es el caso de decir: Bueno, pero... Sí, porque nuestro ensayista no depone por completo sus procedimientos favoritos. De cuando en cuando, en la página mas circunspecta (didácticamente hablando) hace de las suyas. ¡Ah!, pero "las suyas" son deliciosas y hay que agradecer-selas. La cosa más grave o intrincada, la presenta, la expone y explica, le examina los lados y la entraña, muy seriamente, y cumplido ya el oficio (el didáctico), sacude la cuestión, la muda a plano ideológico más libre, y la despide, si no la saludó ya, con un par de donaires.

El ensayo, quejoso, se le desliza furtivo, pero diligente y hasta didáctico, él también, metido a profesor, pues va a contribuir al perfil de la lección y a su encanto. Eso sí, D. Alfonso que lo conoce y se conoce, pone a raya el ensayo, y cuando él quiere, o cuando la tentación lo vence, deja pasar al intruso, que, agradecido, le afina conceptos, le espanta la gravedad tiesa, le difunde por toda la doctrina histórica y estética la lumbre de las ideas no comprometidas. Y que no venga ningún *dómine* a echar de menos el rigor propio de un tratado ni a estimar de más esas vetas ensayísticas que el lector discierne, a trechos, en la economía de los mencionados libros, fuertes y amables. Si algún académico (¡yo lo soy, Dios mío!) dirige reparos al modo didáctico de Reyes, lea el párrafo inicial de *La crítica en la edad ateniense*. Búsquese un trozo superior a ese en toda la prosa contemporánea de nuestro idioma. Es del más noble ensayismo. Nunca Reyes escribió cosa mejor, por la elevación humana, por la nitidez formal y por esa seguridad de

nuestra salvación mediante las potencias del espíritu, reveladas en la palabra. He aquí el pasaje:

"La cultura griega está sustentada en el Logos, sostenida por la palabra. Si en su habitual medida hay alguna exageración, ella se descubre por la tendencia a multiplicar los entes, multiplicando las denominaciones. La informa el entusiasmo verbal, sólo frenado por el amor del número, por el horror a lo indefinido. A la expresión de la cantidad y la expresión de la cualidad, en número y en palabra, concede a veces un valor mágico, esperando que la realidad las obedezca. Y cuando ha logrado captar un fenómeno en la red de un nombre, la estremece un júbilo de victoria. No significa otra cosa el grito *jeureka!*, breve himno de las iluminaciones mentales. Hablar es la forma suma del vivir humano; "el uso más propio —dice Aristóteles— que el hombre puede hacer de su cuerpo". Manifestarse es purificarse. El guerrero mismo ignora el pudor de las lágrimas y las lamentaciones al aproximarse la hora del peligro. Se desconfía, en general, del que calla mucho. Y si el bárbaro infunde una desazón de animal extraño, es por su sospechoso mutismo. La naturaleza muda es la naturaleza irredenta".

Algo sobre Brunetière y a propósito de Reyes. *L'Évolution des genres dans l'histoire de la Littérature* es un libro clásico. No lo deslustra ni la *moda* del concepto de evolución (él se adelantó a advertirla), ni sus preferencias en literatura. (¿Quién no las tiene?)

En aquellas viejas lecciones, la primera recorre las etapas de la Pintura europea moderna. Señala auges, transiciones, mutaciones. De la pintura religiosa se desgaja poco a poco la mitológica. El tema de la Virgen cede lugar a los de Leda, Venus... La pintura mitológica genera pronto la histórica, depurada, y de ésta nace la del retrato. Así recorre Brunetière las sucesivas diferenciaciones artísticas.

Si hoy examinara el proceso del ensayo, valiéndose o no del concepto de *evolución*, notaría las alteraciones. El ensayo orgánico de Macaulay, Newman, Pater, Emerson, pierde en los cultivadores

actuales la regularidad del desarrollo, sin que falten, claro está, piezas del viejo método.

Brunetière señaló los cambios en los temas de la Pintura. En cuanto al ensayo, es el procedimiento lo que principalmente se ha modificado. Así en Alfonso Reyes. Todavía el *Ariel* de Rodó era fiel al ensayismo del siglo XIX.

Bien, el fenómeno ocurre en otros géneros. ¿Quién escribe, de veinticinco años a nuestros días y aun de más atrás, novelas como *Fortunata y Jacinta*, para recordar una tan sólo de Galdós? En general, la novela ha sido otra cosa. No es necesario tratar aquí de las diferencias. El teatro las registra también. El género que mejor resiste las transformaciones es la didáctica. Siempre fue así. El tratado, el texto escolar, conservan más o menos sus lineamientos. La razón es clara: la ausencia de subjetividad, fuera del puro intelecto.

Pero, ¿quién reduce a Alfonso Reyes a los límites del texto frío, puramente objetivo? Por eso, aunque la didáctica, por su naturaleza, se mantiene bajo los signos de la regularidad, la secuencia lógica, el estilo adecuado a la exposición científica, etc., Reyes se encarga de limpiarla de adustez. Sobre todo, de demostrar que tras los párrafos de imprescindible compostura lógica, no está mal un poco de libertad, y eso para dar realce y más simpática comunicación a la doctrina.

Las alteraciones de los géneros avisan, hoy más que en otras épocas, que se va efectuando una desintegración general en el *corpus* de las ideas y los valores. La literatura toda registra los estrechamientos. Los libros hechos como de masas homogéneas se sustituyen por otros de un fragmentarismo viviente, atento a mil direcciones. Jorge Luis Borges sirve de magno ejemplo. Alfonso Reyes lo ilustra en varios volúmenes. Ahora ha vuelto a las "masas". El mismo nos dijo aquí en la Habana, hace poco, refiriéndose a *La crítica en la edad ateniense*, que era "un ladrillo babilónico", metáfora en la cual puso un grano de zumba (la usó en una confe-

rencia) para redimirse de su provisional cambio de género, como quien pide excusas. No las necesita, ni para su sometimiento a la didáctica de tratado o de monografía, ni para aquel ensayismo suyo, que disemina noticias, juicios, sugerencias. Por todo hemos de estarle agradecidos.

Alfonso Reyes es escritor de cultura filosófica. Esta no es común en Hispanoamérica. Los estudios filosóficos alcanzan hoy verdadero auge en tres o cuatro países. Muchas páginas del ensayista, poeta y profesor mexicano evidencian esa formación. Concretamente, su trabajo, muy breve, *En torno a la estética de Descartes*, que aparece en *Escritos en honor de Descartes*, libro publicado por la Universidad Nacional de la Plata (1938) con motivo del tercer centenario del *Discurso del método*.

Ese ensayo es punto de convergencia donde se tocan líneas de muy diversas disciplinas. A todas las señorea un estilo a un tiempo suelto y concentrado. Lo de "concentrado" vale igual para la forma que para las ideas.

Véase cómo glosa una célebre sentencia y la refiere alusivamente al punto de partida cartesiano. "La vida es sueño, puede ser, pero alguien la está soñando, y este es un dato positivo".

Tenemos derecho a esperar que exponga de una vez, en estudio completo, lo que dio en esquema sobre la inteligencia americana. Es de sus últimas novedades intelectuales. Proclamó "la mayoría de edad" nuestra, esto es, de los hispanoamericanos, después de fijar varias características de matiz, "ante el tribunal de pensadores internacionales" que lo escuchaba. Fue en la plática de Buenos Aires (1936), labor de cooperación intelectual. La tesis se ha publicado en *Europa, América latina*, volumen que recoge los estudios presentados. Es de lo más meditado de Alfonso Reyes. El examen del asunto le permite decir: "Por este camino, si la economía de Europa ya necesita de nosotros, también acabará por necesitarnos la misma inteligencia de Europa".

Alfonso Reyes es gran señor de la pluma. Viajó, aprendió lenguas y técnicas filológicas. Diseminó sales y reflexiones en cien ensayos minúsculos. Lo que enseña en ellos es inasible. Pero así suele ser lo de valor eterno. En vano concretar.

Su lección reciente es de cátedra. A ver, jóvenes que aspiráis a letrados: a estudiarse los tres últimos libros (9) del ilustre profesor. Verán cómo orientan. Sobre todo, cómo nos hacen el bien de sentirnos humildes.

Se va formando, reformando así la patria común americana. Alfonso Reyes ha declarado su mayoría de edad.

Medardo VITIER.

Del Ensayo Americano. México, Fondo
de Cultura Económica, 1945,

págs. 269-287 y 292-3.

(9) ¿Cuál es el último en un escritor que se nos va tornando fecundo?